

---

# Luis Rogelio Noguerras

---

## Café de noche

Jean Nicolas Arthur Rimbaud  
y Karl Heinrich Marx  
se han vuelto a encontrar este verano en Londres,  
en el mismo café donde una noche de 1873  
se cruzaron,  
acaso tropezaron y siguieron de largo,  
demasiado ocupados como iban.  
Ahora los dos recuerdan con asombro  
cómo llovía esa tarde sobre Europa,  
cómo la vieja ciudad temblaba bajo el agua,  
qué solas se veían las torres de todos los campanarios,  
y se ríen.

Hace ya tanto tiempo  
y sin embargo están cien años más jóvenes,  
Marx,  
con su saco un poco estrujado para siempre,  
sus zapatos invencibles,  
su irremediable sonrisa de filósofo,  
y Rimbaud fumando desvergonzadamente,  
ruidoso y destartado como un viejo gramófono,  
con sus pantalones demasiado ceñidos,  
su eterna mirada soñadora  
de oveja degollada.

Bajo la lenta luz de las bombillas  
de Kenington Park,  
pasean en el atardecer de Londres,  
siguiendo el lento vuelo de un alcazaz  
color de plomo  
que pasa hacia la bahía,  
mirando la frágil agonía de una nube  
que se desgarrá contra el fondo  
ocre y triste de un paisaje de Van Gogh.  
Luego bajan hasta el puente,  
fumando en las viejas pipas,  
y se asoman al río que se rompe, gira,  
corre sin fin, ciego,  
y se preguntan qué lo mueve hacia el mar,  
eternamente.

La noche llega en la cubierta del vapor The Hell  
y un pescador saluda desde la orilla.

Una estrella enorme tiembla en el agua  
velada ahora por la niebla.

Lentos bajo el peso de la lluvia,  
Marx y Rimbaud  
regresan al mismo café de Bull Street  
donde una noche de 1873,  
por la prisa,  
el imperativo de una cita,  
el tren que no llegaba a tiempo y se hacía tarde,  
no pudieron conocerse.

Cuando se despiden,  
un perro solitario le ladra a su propia sombra  
en una esquina,  
y por el fondo del poema  
pasa cojeando el fantasma de Verlaine.

Comienza a dormirse la ciudad.

## El bombardeo a la aldea (Hanoi PL mayo 23)

El pueblo estaba junto al río.  
Y después ya no hubo río, ni pueblo, ni nada...  
sólo unas manchas en la tierra,  
como de cal, pero azules.

## Poema

a S.D.

Sueño que la perra está echada mirando arder  
la luz del portal  
que la puerta se abre  
que miro el fuego eterno del bombillo  
morderme el corazón  
que entro en la sala donde me reciben  
un enorme reloj sin manecillas  
el plomo grave de los rostros  
el cadáver enorme del abuelo  
reposando en la mesa entre bastones.